



Iconos. Revista de Ciencias Sociales

ISSN: 1390-1249

revistaiconos@flacso.org.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias

Sociales

Ecuador

Parodi Trece, Carlos

América Latina: buscando el rumbo perdido

Iconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 19, mayo, 2004, pp. 35-42

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50901905>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

América Latina: buscando el rumbo perdido

Carlos Parodi Trece¹

¿Por qué se necesita un nuevo rumbo?

América Latina se encuentra en un período de transición. Luego de más de una década de aplicar un recetario emanado de los países desarrollados y apoyado por las élites locales, la frustración y el descontento de la población es creciente; en paralelo existe una fatiga reformista (Lora, Panizza y Quispe-Agnoli, 2003). Esto ocurre al menos por dos razones. En primer lugar, el objetivo de cualquier estrategia de desarrollo debe ser elevar el bienestar, es decir, la calidad de vida de los habitantes de una sociedad y ello no ha ocurrido. Las políticas económicas son un medio, y no un fin, para elevar el desarrollo humano; esta confusión entre medios y fines es una característica regional. En segundo lugar, salvo excepciones, la distancia entre las ofertas electorales de los candidatos a la presidencia de nuestros países y lo que realizan una vez en el poder, parecen ser la pauta².

Esta ausencia de consistencia

Parodi, Carlos, 2004, "América Latina: buscando el rumbo perdido", en ICONOS No.19, Flacso-Ecuador, Quito, pp.35-42.

1 Master en Economía (Universidad de Georgetown). Profesor e investigador de la Universidad del Pacífico, Lima, Perú.

temporal socava las bases de la gobernabilidad y coloca en riesgo la viabilidad democrática. De ahí que no sorprenda la turbulencia política regional, pues la población no cree en su clase política.

La información disponible es elocuente. En el campo social, basta observar dos indicadores: pobreza y desigualdad. En el cuadro 1 se presenta la evolución de la pobreza y la indigencia en la región entre 1990 y 2003. En 2003, América Latina tenía 25 millones más de pobres que en 1990 y 7 millones más de indigentes o pobres extremos.

En segundo lugar, la región muestra la distribución de ingresos más desigual del mundo, tendencia que no ha variado en la década anterior. El cuadro 2 muestra la información relevante. Se presenta al coeficiente de gini, que es un indicador de desigualdad de ingresos. Fluctúa entre 0 y 1 y cuánto más se acerque a 1, mayor es la desigualdad. Los altos niveles de desigualdad impiden lograr consen-

2 En términos metafóricos, se llega al poder por la izquierda, pero luego se gobierna por la derecha.

Cuadro 1
Pobreza e Indigencia en América Latina

	% de pobres	Millones de pobres	% de indigentes	Millones de indigentes
1990	48.3	200	22.5	93
1997	42.5	204	19.0	89
2003	44.4	225	20.0	100

Fuente: CEPAL, 2003.

Cuadro 2
Indicadores Regionales de Desigualdad 1960s – 1990s
Coeficiente de Gini

	1960s	1970s	1980s	1990s
América Latina y el Caribe	0.532	0.491	0.498	0.493
África Subsahariana	0.499	0.482	0.435	0.470
Medio Oriente y Norte de África	0.414	0.419	0.405	0.380
Asia Oriental	0.374	0.399	0.387	0.381
Sudeste Asiático	0.362	0.340	0.350	0.319
Países Industriales	0.350	0.348	0.332	0.338
Europa del Este	0.251	0.246	0.250	0.289

Fuente: John Sheahan y Enrique Iglesias (1998:31).

sos y están en el corazón de nuestras dificultades. No es de extrañar que la combinación de una extremada desigualdad con el aumento de pobres e indigentes presentada en el cuadro 1, determinen una turbulencia social y política, que parece no tener solución, mientras no ocurra un cambio en la forma de concebir el desarrollo y en un nuevo conjunto de políticas, funcionales al mismo, que coloque primero a la gente.

En cuanto al comportamiento de las principales variables macroeconómicas, los resultados tampoco han sido alentadores. En primer lugar, el crecimiento económico, medido por la variación en el Producto Bruto Interno (PBI), ha sido lento e inestable. Durante la década de los noventa el PBI mostró un aumento de 3.0% como promedio anual, menor al ocurrido en los años 60s y 70s (véase cuadro 4); más aún, la tendencia se ha deteriorado a partir de 2001, con una ligera recuperación en 2003. En el cuadro 3 se muestra la variación del PBI y del PBI por habitante en América Latina entre 2001 y 2003.

Cuadro 3
Tasas de Crecimiento 2001-2003

	2001	2002	2003
PBI	0.4	-0.4	1.5
PBI por habitante	-1.1	-1.9	0.0

Fuente: CEPAL, 2003.

En segundo lugar, la inversión, como porcentaje del PBI, ha disminuido de 20.1% en 1994 a 17.9% en 2003; desde 1998, y hasta 2003, la tendencia ha sido negativa. En tercer lugar, la deuda externa bruta total se elevó de US\$ 569,946 millones de dólares en 1994 a US\$ 744,300 en 2003. Probablemente, el único aspecto positivo ha sido la reducción de la inflación, que pasó de 324.4% en 1994 a 9.0% en 2003 (CEPAL 2003).

Como se ha mencionado, con una perspectiva de largo plazo, las reformas neoliberales no han logrado tasas de crecimiento que superen a aquellas de las décadas de los 60s y 70s. El cuadro 4 es ilustrativo al respecto.

Puesto en términos simples, la reducción de la inflación aparece como el principal logro de la década anterior. Sin embargo, ello es un medio, pero no un fin, que además se presenta como un símbolo de estabilidad, adoptando este último término una acepción estrecha: aquella referida a la esfera monetaria.

Cuadro 4
América Latina: Crecimiento Medio Anual

	1960-70	1970-80	1980-90	1990-01
PIB	5.32	5.86	1.18	3.05
PIB per cápita	2.54	3.36	-0.80	1.39

Fuente: Joseph Stiglitz (2003:7-40).



Según el Consenso de Washington, había que crecer sobre la base del mercado y todo lo demás vendría por añadidura. En América Latina, la crisis argentina de 2001 ilustra los límites de la estrategia neoliberal y por ende debe dejar lecciones para el resto de la región. Se necesita reevaluar la relación Estado-mercados.

1990-1997: ¿los años felices?

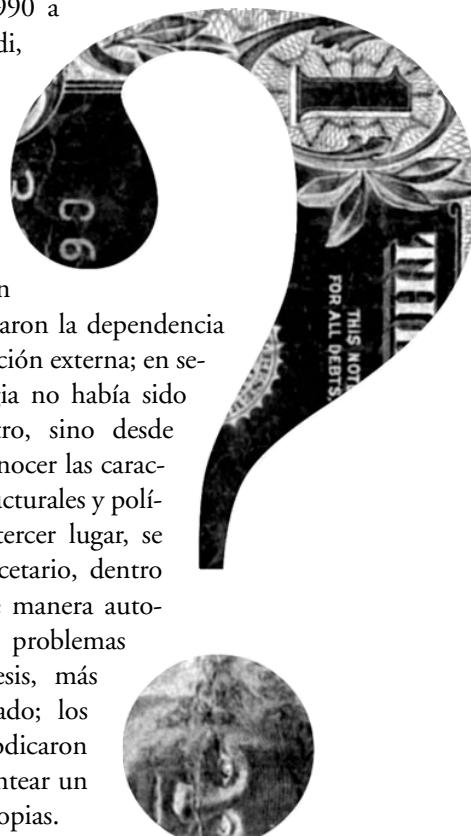
Desde 1990, América Latina se embarcó en un programa de profundas reformas a favor del libre mercado y de la apertura, bajo el auspicio y soporte de un pensamiento único, inspirado en un recetario emanado en 1989 y denominado Consenso de Washington (CW)³. Esto amerita una breve explicación. Con la desaparición de la Unión Soviética y la caída del muro de Berlín, llegó a su fin el modelo de desarrollo de planificación central y la región giró como un péndulo hacia el otro extremo: el neoliberalismo. En el fondo era el reflejo de la transición abrupta de un mundo bipolar hacia uno unipolar. Más allá de los detalles, el CW se resume en dos palabras: mercado y apertura. Bajo ese contexto, la inversión privada se convertiría en el motor del crecimiento, en un entorno más general, dentro del cual los flujos de capital privados se trasladarían del norte al sur.

En sus inicios, el recetario se aplicó en un entorno internacional favorable; la reducción de las tasas de interés de Estados Unidos, unida a la recesión de los países desarrollados y la adherencia a las reformas estructurales a favor del mercado, generó un amplio ingreso de capitales privados que llevaron a un crecimiento importante, pero no sostenible en la región. Entre 1990 y 1997, el ingreso de capitales privados aumentó de US\$ 14,000 millones a US\$ 86,000 millones (Parodi, 2002:42). Al levantarse la restricción externa, la región vivió una ola de optimismo.

De ahí en adelante, los esfuerzos se concentraron en portarse bien con los mercados internacionales, pues los inversionistas internacionales se convirtieron en los jueces de la situación (Parodi, 2001). Ello pasaba por reducir un indicador denominado “riesgo país”, que mide la capacidad de repago de la deuda externa de los países. En teoría, a menor riesgo país, mayor confianza (no queda claro de qué) y por ende de mayor atracción de capitales privados e inversión. Sin embargo, las economías crecieron sin que el empleo aumente; el caso argentino es paradigmático, pues fue el país que más avanzó en las reformas estructurales. Mientras que entre 1991 y 1997 el ritmo de crecimiento anual de la economía fue de 6.1%, el empleo sólo lo hizo en 1.8%. La tasa de desempleo se elevó de 7.4% en 1990 a 17.2% en 1996 (Parodi, 2003:105). A nivel regional, el número de pobres había aumentado de 200 a 204 millones de habitantes.

Los problemas con esta visión son obvios: en primer lugar, incrementaron la dependencia de la región de la percepción externa; en segundo lugar, la estrategia no había sido concebida desde adentro, sino desde afuera, es decir, sin reconocer las características históricas, estructurales y políticas de cada país; en tercer lugar, se plantearon como un recetario, dentro del cual el mercado, de manera automática solucionaría los problemas de la región. En síntesis, más mercado y menos Estado; los gobiernos de la región abdicaron en su autonomía de plantear un conjunto de políticas propias.

3 El CW incluyó las siguientes recomendaciones: disciplina fiscal, reorientación del gasto público hacia la inversión en recursos humanos, reforma tributaria, liberalización financiera, tipo de cambio unificado y competitivo, liberalización comercial, apertura a la inversión extranjera directa, desregulación y respeto a los derechos de propiedad.



1997-2003: Las crisis y el descontento

La extrema liberalización, en especial de la cuenta de capitales, originó una serie de crisis que pusieron en entredicho el paradigma neoliberal. La primera clarinada de alerta ocurrió en México (1994), seguida por Asia Oriental (1997), Rusia (1998), Brasil (1999), Turquía (2000) y Argentina (2001), por mencionar algunas de las más relevantes. Los costos sociales fueron altos, contraviniendo el objetivo de cualquier estrategia: el desarrollo, que a diferencia del crecimiento, tiene una connotación humana.

¿Qué había ocurrido? De un período caracterizado por un amplio ingreso de capitales (1991-1997), se transitó a una escasez de los mismos. El flujo de capitales privados se redujo de US\$ 86,000 millones en 1997 a US\$ 8.3 millones en 2001 (Parodi 2003:28). Los mercados financieros internacionales habían dejado de canalizar recursos a la región, a pesar de los esfuerzos de la misma de cumplir con el CW. La recesión generada amplió las brechas fiscales y las externas. La región se había portado bien con los mercados, pero estos no respondían. A pesar de ello, se insistió en más de lo mismo. Es interesante notar, que no obstante la nueva reducción en las tasas de interés de Estados Unidos, que llegó a 1% en 2003 (la menor desde 1958), los capitales privados no fluyeron como sí lo hicieron entre 1991 y 1997.

Desde luego, para los defensores de la estrategia, la región había fallado en la implementación de más reformas estructurales; sin embargo, una lectura más cuidadosa de los hechos demuestra que fueron las mismas reformas las que precipitaron las crisis, aumentando así la aversión al riesgo de los inversores. La apertura aumentó la vulnerabilidad externa de los países y la región quedó al viento de los mercados financieros internacionales. Una prueba de ello es lo ocurrido en Asia Oriental. Hasta antes de la década de los noventa, la activa participación estatal en la economía permitió que estas economías crecie-

ran con equidad. La apertura indiscriminada de la cuenta de capitales de la balanza de pagos precipitó la crisis. Ahora bien, de aquí no debe inferirse que el mercado no es relevante. La lectura correcta es que debe buscarse una mezcla más balanceada entre Estado y mercado. Por ejemplo, Chile -que es usado como el paradigma del neoliberalismo- mantuvo durante la década de los noventa controles al ingreso de capitales, en especial, los especulativos.

Ante esta situación, apareció un nuevo discurso de Washington (Birdsall y de la Torre 2001). Las razones fueron tres: los progresos en reducción de pobreza y desigualdad de ingresos fueron nulos (véase cuadros 1 y 2); segundo, la preocupación por los aspectos negativos de la globalización; tercero, la pobreza y desigualdad parecen ser más causas que consecuencias del bajo crecimiento. Este nuevo discurso ampliaba el recetario anterior, para incluir aspectos sociales.

Más allá de los consensos y disensos, pueden plantearse algunas consideraciones básicas (Parodi 2003:46-47):

- No existe un modelo único que pueda aplicarse por igual a todas las economías. El reconocimiento de la heterogeneidad estructural, el devenir histórico y las características culturales e institucionales deben ser el punto de partida. La existencia de un pensamiento único reduce el margen de maniobra de los diseñadores de la política económica interna.
- La globalización tiene aspectos positivos y negativos. Cualquier visión de desarrollo no puede diseñarse a espaldas de la globalización. La transferencia tecnológica, adecuadamente diseminada a todas las empresas del país, es necesaria. Los países pobres necesitan del mercado y la tecnología, a los cuales pueden acceder sólo si estrechan sus vínculos con el resto del mundo. *La llave está en cómo insertarse a la economía global.* Esta función requiere de un rol para el Estado. En paralelo, deben minimizarse los costos de la misma, cuya principal manifestación, en el ámbito econó-

mico, es la sucesión de crisis financieras, cuyos impactos son globales. De ahí que las instituciones globales no deben demandar las reformas institucionales desde la perspectiva de la integración, sino del desarrollo, es decir, del crecimiento con equidad (Rodrik, 2002).

- Muchos de los problemas sociales tienen características más estructurales que coyunturales. La pobreza y la desigualdad tienen una larga historia. Esto obliga a definir estrategias de Estado y no de gobierno y tener claro que los resultados macroeconómicos son un medio para elevar los niveles de bienestar de la población.

En resumen, la idea es pensar en forma globalizada sin que ello implique pensar en un modelo único, sino, más bien, adaptar la estrategia de cada país a la realidad global.

Lecciones de la década de los noventa: una aplicación a partir del caso argentino

En América Latina, la crisis argentina de 2001, gestada desde 1991, ilustra los límites de la estrategia neoliberal y por ende debe dejar lecciones para el resto de la región. Hacia 1991, Argentina optó por una junta de convertibilidad, que se trata de un arreglo monetario y cambiario bastante similar a la dolarización oficial, tal como la tiene Ecuador. Estos sistemas monetario-cambiables abandonan la política monetaria y toman aquella del país que emite la moneda ancla. Con ello, el país pasa a depender del ingreso de dólares. En el caso de la junta de convertibilidad, la oferta monetaria aumenta sólo si se incrementan las reservas (la autoridad monetaria convierte los dólares en pesos al tipo de cambio fijo establecido por ley; los dólares son el respaldo de los pesos emitidos). En el caso de la dolarización oficial, la existencia de moneda depende de la cantidad de dólares en circulación, que son emitidos por la reserva federal de los Estados Unidos. Ambos suponen una profundización

del modelo neoliberal, pues, de acuerdo con la teoría, el hecho de portarse bien con los mercados (es decir, profundizar las reformas) asegura el ingreso de dólares. En la práctica, esto no ha sido así y los mercados no siempre responden como se espera. Cuando los dólares dejan de ingresar, la economía se “seca” y el país hace crisis (Parodi, 2003:223-227). A continuación se presentan 16 lecciones de la crisis argentina, que deben ser tomadas en cuenta por el resto de la región.

- a. Los tipos de cambio fijos, en un entorno de libre movilidad de capitales, son más vulnerables a los ataques especulativos. Son útiles para reducir la inflación, pero no necesariamente para lograr un crecimiento alto y sostenible, a menos que exista un fuerte y permanente ingreso de dólares.
- b. La estabilización va más allá de derrotar a la inflación y debe entenderse desde una perspectiva ampliada, que incluya la reducción en costos y el uso de políticas fiscales contracíclicas.
- c. Evitar el exceso de optimismo en períodos de crecimiento. Si los dólares ingresan por una coyuntura internacional favorable (como puede ser un aumento en los términos de intercambio) la economía crece; no obstante, los cambios en la economía mundial (por ejemplo, un aumento de la tasa de interés mundial o un deterioro de los términos de intercambio) pueden tornar en insostenible la situación y precipitar una crisis.
- d. Los paquetes de rescate internacionales son cada vez menos viables. Los organismos multilaterales cada vez son más renuentes a organizar paquetes de rescate, por el temor al riesgo moral (en términos simples, pensar que en caso de dificultades siempre habrá alguien que inyecte los dólares faltantes); además ellos vienen acompañados de condicionalidades asociadas a una profundización de las reformas liberales.
- e. Los organismos multilaterales no siempre tienen la razón. Lo ocurrido en Argentina,



Dolarización y convertibilidad suponen una profundización del modelo neoliberal, pues, de acuerdo con la teoría, el hecho de portarse bien con los mercados (es decir, profundizar las reformas) asegura el ingreso de dólares. En la práctica, esto no ha sido así y los mercados no siempre responden como se espera.

así como en el Asia Oriental es una prueba de ello.

- f. Lo que funciona para un país no necesariamente funciona para otro. Los puntos de partida (niveles de deuda, dotaciones de recursos, etc.), así como los entornos institucionales son distintos. Nadie duda que para reducir la pobreza y la desigualdad se debe crecer y ello se logra sólo con mayor inversión. Sin embargo, el cómo lograrlo depende de cada país.
- g. Cuidado con el crecimiento de la deuda externa. Ninguna estrategia de desarrollo sostenible puede basarse en el endeudamiento externo de manera indefinida. La validez de esta premisa se extiende tanto al sector público como al privado. Esto no significa que siempre sea negativo endeudarse, sino hacerlo en función de la capacidad de pago. Por lo tanto, colocar límites universales al ratio deuda/PBI carece de sentido.
- h. Diferenciar lo que se quiere hacer de lo que se puede hacer. Toda economía tiene restricciones. La población de cada país debe conocer lo que se puede hacer y en especial, las prioridades, pues no se puede hacer todo al mismo tiempo. Es clave evitar la disociación entre las expectativas de la población y lo que se puede hacer. En Argentina, la población creyó en la convertibilidad como si fuera un sistema que solucionaría todas las dificultades. El tiempo demostró que ello no es así.
- i. Respeto a los derechos de propiedad. Ninguna estrategia funciona si se violan los derechos de propiedad, como por ejemplo, la restricción al retiro de depósitos bancarios, conocido en Argentina, como el "corralito".
- j. Las medidas aisladas no tienen efectos duraderos. Los países deben contar con una estrategia de desarrollo que comprenda todas las esferas de la política económica y social. Es la adecuada mezcla de las diversas herramientas de la política económica la que brinda resultados positivos. No puede haber inconsistencia entre ellas.
- k. La economía política de la política económica sí importa. Esto significa que las autoridades deben prestar atención no sólo al qué hacer, sino al cómo hacerlo. La viabilidad de la implementación de las medidas de política económica es crucial. Deben buscarse consensos, que son la base de la democracia.
- l. Las políticas sociales no son independientes de las políticas económicas. Ambas deben ser parte de la misma estrategia de desarrollo.
- m. El entorno político interno sí importa. En un mundo globalizado, con libre movilidad de capitales, la percepción sobre la estabilidad, en su acepción más amplia, depende, en buena medida, de los aspectos de la política interna de cada país. Los líderes políticos deben ser conscientes de ello y les compete una función crucial. Las alianzas políticas deben ser el resultado de una visión común de futuro y no de cuestiones de corto plazo.
- n. La demanda interna no sustituye a la demanda externa. América Latina, como se ha visto, se caracteriza por amplios niveles de pobreza y desigualdad. Los mercados internos son pequeños. Sin un vuelco a las exportaciones con valor agregado, cualquier estrategia siempre estará restringida.
- o. La pobreza y la desigualdad son problemas estructurales, pero la coyuntura puede deteriorarlas rápidamente. Los problemas

sociales no se van a solucionar en el corto plazo, pero las inconsistencias en la política económica pueden acrecentarlos en poco tiempo. En términos simples, una crisis económica incrementa la pobreza en períodos muy cortos; el crecimiento económico la reduce muy lentamente.

- p. No se trata de ir en contra de la globalización, sino en insertarse a la misma a partir de una agenda propia.

Hacia un nuevo rumbo: elementos para el debate

Cada día que pasa se torna más complicado continuar con las reformas estructurales pues, más allá de consideraciones técnicas, carecen de viabilidad política. La lección es clara: *la economía no se puede aislar del entorno político*. América Latina requiere redefinir su estrategia de desarrollo. Como se ha visto, en la década de los años 60s y 70s la región creció más que en los 90s. El crecimiento se tornó insostenible y se transitó a la década perdida, básicamente por el aumento de la tasa de interés internacional de los inicios de los 80s, que generó un aumento insostenible de las deudas externas (Stiglitz 2003:10). Ciertamente hubo errores internos, pero ellos no explican todo el problema. Había temas por corregir, como la inefficiencia de las empresas públicas y altas tasas de inflación, asociadas al financiamiento monetario de las brechas fiscales. El CW se concentró en derrotar a la inflación y en minimizar el rol del Estado. Es innegable que la inflación se controló, pero el nuevo marco confundía los medios con los fines. Se impulsaron las privatizaciones, pero no se mejoró el accionar del Estado, que perdió en eficacia y en eficiencia. Así, a pesar del aumento en el gasto social, los problemas de pobreza, desempleo y exclusión se mantuvieron. Esto obliga a retomar al desarrollo humano como fin y a las políticas económicas como medio.

Considerando las premisas anteriores, no se trata de retornar al pasado, pero tampoco

insistir en una estrategia que luego de 13 años de aplicación tampoco ha dado frutos. ¿Es acaso que la región está condenada a jamás desarrollar? ¿Qué elementos deberían contener una nueva agenda, desde América Latina?

El CW planteó objetivos muy estrechos. Había que crecer sobre la base del mercado y todo lo demás vendría como consecuencia de lo anterior. La estabilización (entendida como la reducción de la inflación), la liberalización y las privatizaciones se entendieron como fines y no como medios. Por lo tanto, el punto de partida del nuevo rumbo debe basarse en una orientación hacia el desarrollo, es decir, hacia la reducción de la pobreza, la desigualdad y la exclusión. Los mercados, si bien son importantes, deben estar adecuadamente regulados; cuando actúan sin una supervisión se producen dificultades, como los escándalos contables ocurridos en Estados Unidos. Tampoco es cierto que el libre mercado solucione los problemas relacionados con la distribución de ingresos, pues se focaliza en la eficiencia, pero no en la distribución de los frutos del crecimiento. De ahí que se requiera reequilibrar la mezcla entre Estado y mercados.

Para ello se requiere de una reforma del Estado, funcional a la nueva orientación. Ello implica, al menos, los siguientes elementos: en primer lugar, regular los mercados, ahí donde fallen; por ejemplo, la movilidad irrestricta de capitales especulativos. En segundo lugar, diseminar el progreso tecnológico y los nuevos conocimientos, en especial a las pequeñas y medianas empresas que son las que más empleo generan. En tercer lugar, invertir más y mejor en educación y salud, así como en la infraestructura para el desarrollo. Se trata de acercar a las pequeñas y medianas empresas al mercado. En cuarto lugar, más allá de la retórica, un compromiso real con la reducción de la pobreza y las desigualdades.

En pocas palabras se necesita contar con una visión de qué tipo de país se desea; luego organizar el Estado y cuantificar los recursos que sean funcionales a esa visión. Luego de lo anterior, definir el sistema tributario que permita la adecuada captación de recursos.



Ciertamente, todo lo mencionado supone diseñar una estrategia de desarrollo alternativa a la actual. Ahora bien, tampoco se trata de rechazar todos los elementos de la visión vigente, por ejemplo, el respeto de los derechos de propiedad, el reconocimiento de la importancia de los incentivos privados, el manejo de políticas macroeconómicas prudentes, lo que implica mantener la inflación bajo control y reducir la volatilidad del crecimiento, etc. (Rodrik:2002). No se trata de rechazar al mercado, sino manejar sus debilidades. Las 16 lecciones presentadas son simplemente una lectura a tomar en cuenta, pues los problemas de la región no pueden esperar. De ahí que sea necesario abrir espacios de debate, para buscar una estrategia desde adentro y hacia fuera.

En síntesis, el principal desafío es proveer de un conjunto alternativo de políticas que tengan como objetivo central la promoción del desarrollo, sin caer en el error de diseñar un nuevo recetario, que se asuma como correcto para todos los países.

Bibliografía

Birdsall, Nancy y Augusto de la Torre, 2001, *El Diseño de Washington. Políticas económicas para la equidad social en Latinoamérica*

rica, Carnegie Endowment for International Peace, Washington. Disponible en Internet (<http://www.ceip.org>).

CEPAL, 2003, *Balance Preliminar de las economías de América Latina y el Caribe 2003*, Santiago de Chile. Disponible en Internet (<http://www.eclac.cl>).

Lora, Eduardo, Ugo Panizza y Myriam Quispe-Agnoli, "Reform Fatigue: Symptoms, Reasons, Implications", 2003, Banco Interamericano de Desarrollo, Documento presentado en la Conferencia, *Rethinking Structural Reform in Latin America*, Federal Reserve Bank of Atlanta, Atlanta.

Parodi, Trece Carlos, 2003, *La Crisis Argentina. Lecciones para América Latina*, Universidad del Pacífico, Centro de Investigación, Lima.

Parodi, Trece Carlos, 2001, *Globalización y Crisis Financieras Internacionales*, Universidad del Pacífico, Centro de Investigación, Lima.

Rodrik, Dani, 2002, *After Neoliberalism, What?*, Harvard University, mimeo.

Sheahan, John y Enrique Iglesias, 1998, "Kinds and Causes of Inequality in Latin America", en, Birdsall Nancy, Graham Carol y Richard Sabot, compiladores, *Beyond Trade Offs. Market Reform and Equitable Growth in Latin America*, Washington, Inter-American Development Bank.

Stiglitz, Joseph, 2003, "El rumbo de las reformas. Hacia una nueva agenda para América Latina", en, *Revista de la CEPAL* No. 80, CEPAL, Santiago de Chile.